

Página Sobre el Tedio

* * *

Alguna vez el autor de esta nota leyó el libro de un escritor español —¿de Eugenio D'Ors? ¿de Benjamín Jarnés? ¿de quién?— que llevaba un título sobrecogedor: "Océanografía del tedio". Lo único que recuerda de aquel texto, al cabo de los años, es que el nombre prometía más de lo que el contenido daba. Pero efectivamente, tal como aquella denominación lo definía, hay algo oceánico, profundo y misterioso, en ese estado de fatiga moral, en el cual, como en unas aguas lentas, se ahoga suavemente toda inquietud, todo deseo, toda prisa. Constituye el tedio una especie de pérdida de la libertad, de hundimiento en el vacío, de perecimiento espiritual. En los días en que uno cae en tal situación cualquier cosa puede suceder sin que se haga el menor intento de impedirlo.

Los románticos llamaron a dicha desazón "mal du siècle", el mal del siglo, y es lo que condujo a Larra hasta el espejo para contemplar su propio suicidio, y lo que movió a Nerval a ahorcarse en los barrotes de una reja suburbana. Bajo su influjo pesaroso se escribieron muchas obras tristes o crueles. Más tarde, durante el auge positivista, cuando se confiaba en el poder de la ciencia y la industria aliadas para el progreso, se le puso el nombre de "spleen". Baudelaire vivió y creó al denso amparo de este corrosivo sentimiento de tristeza. Nostalgia, morriña, saudades, son los apelativos más o menos sinónimos que merece el tedio.

Nuestro tiempo identifica el "angst", la angustia, con el viejo tedio, y le da explicaciones de la más variada índole: desde las fisiológicas y psicológicas hasta las seriamente metafísicas. Mas se trata de lo mismo. Del desgano, de la indiferencia, del ansia de dejar de ser libres. Nos quedamos, cuando somos presa de este desasosiego, contemplando la nada, enemigos del recuerdo y del presente, al borde del futuro más inmediato sin interés, aunque sea seductor, en dar el paso que lo aproxime. En el fondo, se trata de que no queramos seguir en el juego irremediable de la existencia: elegir uno de los caminos que nos brinda la alternativa, decidir libremente nuestro destino. Queremos dejarnos arrastrar. Por eso los héroes, los artistas, los santos, han cumplido una ejemplar misión: vencieron al tedio atacándolo con vigor, superándolo.

Es malo en esta época dejarse ganar por la anemia de la voluntad, lanzarse al oscuro mar de la melancolía, permitir que el tedio nos envuelva con sus adormecedoras ondas, porque hay quienes esperan que el fenómeno adquiera caracteres colectivos para aprovecharse del desánimo público que él significa. Cuando ocurra que, abrumados por la atmósfera, los sucesos o la propia debilidad, vayamos a descender a semejante pozo de tinieblas, sacudámonos enérgicamente hasta lograr nuestra absoluta recuperación. En una palabra, recordemos que dentro de unos pocos días hemos de decidir quién va a gobernarnos durante los próximos seis años. Es sorprendente cómo esta sola interrogación nos despeja totalmente y nos pone alertas. Lo dice el cronista por experiencia.

Sebastián Salazar Bondy